

La misión*

Recuerdo de una revolución

Heiner Müller

Galloudec a Antoine Escribo esta carta en mi lecho de muerte. Escribo en mi nombre y en el del ciudadano Sasportas, a quien han ahorcado en Port Royal. Le comunico que tenemos que devolver la misión que nos encomendó la Convención por medio de la persona de Usted, ya que no pudimos cumplirla. Quizás a otros les vaya mejor. De Debuisson no espere noticias, le va bien. Suele ocurrir que los traidores la pasan bien cuando los pueblos se desangran. Así está dispuesto el mundo y no es bueno. Disculpe mi caligrafía, me han amputado una pierna y estoy escribiendo con fiebre. Espero que al recibir esta carta goce Usted de buena salud y me despido con un saludo republicano.

Marinero. Antoine. Mujer.

Marinero ¿Es Usted el ciudadano Antoine? Entonces aquí tengo una carta para Usted. Es de un tal Galloudec. No tengo la culpa de que la carta ya sea vieja y de que el asunto tal vez ya esté resuelto. Los españoles nos retuvieron en Cuba y luego los ingleses en Trinidad, hasta que vuestro Cónsul Bonaparte concertó la paz con Inglaterra. Después en Londres, como esta-

* La obra emplea motivos del relato “La luz sobre el cadalso” de Anna Seghers. Cuando en 1979 Heiner Müller escribió *La misión*, la guerra fría ya había sido sustituida por el deshielo que también -lo que no era de prever- habría de llevar al derretimiento del bloque (de hielo) socialista. El subtítulo, “recuerdo de una revolución” tenía aún, hace 20 años, un melancólico patetismo, la esperanza en un futuro distinto, quizás mejor. Pero ésta fue superada por la economía de mercado que a modo de anteojeras se colocó sobre la, una vez más, ingenua utopía naciente (Stephan Suschke, Berlín, junio de 1999).

ba borracho, me robaron todo, pero no encontraron la carta. En cuanto al tal Galloudec, los años ya no pasan para él. Estiró la pata en un hospital de Cuba, mitad cárcel y mitad hospital. Ahí estaba él, con gangrena, y yo con fiebre. “Toma la carta tiene que llegar aunque sea la última cosa que tengas que hacerlo por mí”, fue lo último que me dijo. Y la dirección de un despacho y su nombre, si es que Usted es ese Antoine. Pero allí ya no hay ningún despacho, y de Usted, si es que Usted se llama Antoine, en el lugar donde estaba la oficina nadie sabe nada. Un tipo que vive detrás de unos andamios en un sótano me mandó a una escuela donde parece que un tal Antoine trabajó como profesor. Pero allí tampoco sabían nada de él. Entonces una empleada me dijo que su sobrino lo había visto. Es cochero. Y lo describió a Usted, si es que Usted es ése.

Antoine No conozco a ningún Galloudec.

Marinero No sé por qué la carta era tan importante para él. Decía algo de una misión que debía devolver para que otros continuaran su trabajo. Sea lo que fuere que ese trabajo haya sido. Al final no hablaba de otra cosa. Salvo cuando aullaba por el dolor de la herida. Le venía en oleadas. Y demasiado tiempo le tomó terminar de morir. El médico decía que su corazón era demasiado fuerte, que ya tendría que haber muerto por lo menos diez veces. Que algunos hombres aguantan poco y otros demasiado. La vida es una infamia. El otro del que habla en la carta, un negro, tuvo una muerte más rápida. Galloudec me leyó la carta para que la supiera de memoria, por si se perdía. Y si Usted aún no lo recuerda le voy a contar lo que hicieron con él y cómo murió, ya que Usted no estuvo allí. Primero le cortaron una pierna hasta la rodilla, luego el resto. Era la izquierda. Luego...

Antoine No sé de ninguna misión. Yo no encomiendo misiones, no soy ningún patrón. Me gano el pan dando clases particulares. Es poco. Y carnicerías he visto suficientes. Conozco bien la anatomía del ser humano. Galloudec.

Mujer con vino, pan y queso.

Mujer Veo que tienes visita. Vendí una condecoración. La de la Vendée, donde masacraron a los campesinos por la República.

Antoine Sí.

Marinero Por lo que veo Usted está entero. No como ese Galloudec, a quien Usted no conoce y que está más muerto que una piedra. El otro se llamaba Sasportas. Lo ahorcaron en Port Royal, por si quiere saberlo, a causa de esa misión de la que Usted no sabe nada, en Jamaica. La horca está sobre un acantilado. Cuando ya están muertos cortan la cuerda y caen al mar. De lo demás se encargan los tiburones. Gracias por el vino.

Antoine Sasportas. Yo soy ese Antoine a quien has estado buscando. Pero debo tener cuidado. Francia ya no es una república, nuestro Cónsul se ha convertido en Emperador y está conquistando Rusia. Con la boca llena se habla más fácilmente sobre una revolución perdida. Sangre coagulada en medallas de lata. Tampoco los campesinos lo supieron hacer mejor, ¿no? Y a lo mejor tenían razón, ¿no? El comercio prospera. A los de Haití les damos ahora su tierra para que se la coman. Esa fue la República negra. La libertad guía al pueblo a las barricadas, y cuando los muertos despiertan la libertad viste uniforme. Ahora voy a revelarte un secreto: también ella no es más que una puta. Y de eso ya puedo reírme. Jájájá. Pero aquí hay algo vacío que estuvo vivo. Cuando el pueblo asaltó la Bastilla, allí estaba yo. Cuando cayó en el canasto la cabeza del último de los Borbones, allí estaba yo. Cosechamos las cabezas de los aristócratas. Cosechamos las cabezas de los traidores.

Mujer Bonita cosecha. ¿Otra vez borracho, Antoine?

Antoine No le gusta que hable de mis tiempos de grandeza. Ante mí temblaron los girondinos. Mira a esta Francia mía. Los pechos exprimidos. Entre los muslos el desierto. Un navío muerto entre los oleajes del nuevo siglo. Mira cómo se lo traga. Francia necesita un baño de sangre, y ese día llegará.

Antoine se echa sobre la cabeza el vino rojo.

Marinero No entiendo nada de eso. Soy marinero, no creo en la política. En todas partes el mundo es diferente. Aquí tiene la carta. *Se va.*

Antoine grita: Cuidado, marinero, cuando salgas de mi casa. Los policías de nuestro ministro Fouché no te preguntan si crees en la política. -Galloudec, Sasportas. ¿Dónde está tu pierna, Galloudec? ¿Por qué te cuelga la lengua de la garganta, Sasportas? ¿Qué quieren de mí? ¿Qué puedo hacer yo por tu muñón? ¿Y por tu sogá? ¿Debo cortarme una pierna? ¿Quieres que me cuelgue a tu lado? Galloudec, pregúntale a tu emperador por tu pierna. Sácale a tu emperador la lengua, Sasportas. Él triunfa en Rusia, puedo mostrarles el camino. ¿Qué quieren de mí? Váyanse. Váyanse de aquí. Esfúmense. Díselo tú, mujer. Que se vayan, no quiero verlos más. ¿Siguen ahí? Tu carta llegó, Galloudec. Aquí está. En todo caso para Ustedes ya pasó lo peor. VIVA LA REPÚBLICA. *Rie.* Ustedes creen que me va bien, ¿no? ¿Tienen hambre? Tomen. *Les arroja comida a los muertos.*

Mujer Ven a la cama, Antoine.

Antoine ESTE ES EL PARAÍSO POR MUY POCO PRECIO
MIENTRAS AGUANTE ENTRE LAS REJAS
DEL PECHO EL CORAZÓN DEL PERRO

Durante el coito aparece el ángel de la desesperación

Antoine/Voz ¿Quién eres?

Mujer/Voz Soy el ángel de la desesperación. Con mis manos reparto la embriaguez, el letargo, el olvido, el deseo y el tormento de los cuerpos. Mi discurso es el silencio, mi canto el grito. A la sombra de mis alas habita el espanto. Mi esperanza es el último aliento. Mi esperanza es la primer batalla. Soy el cuchillo con el que el muerto hace estallar su ataúd. Soy el que será. Mi vuelo es la rebelión, mi cielo el abismo de mañana.

Habíamos llegado a Jamaica, tres emisarios de la Convención francesa. Nuestros nombres: Debuissón, Galloudec, Sasportas. Nuestra misión: una rebelión de esclavos contra la dominación de la Corona Británica en nombre de la República Francesa. Que es la madre patria de la revolución, el terror de los tronos, la esperanza de los pobres. En donde todos los hombres son iguales bajo la cuchilla de la justicia. Que no tiene pan para calmar el hambre de sus suburbios, pero sí manos suficientes como para llevar la antorcha de la Libertad Igualdad Fraternidad a todos los países. Estábamos

en la plaza junto al puerto. En medio de la plaza estaba instalada una jaula. Escuchábamos el viento del mar, el zumbido áspero de las hojas de palmera, el barrer de las palmeras con las que las negras quitaban el polvo de la plaza, el gemido del esclavo en la jaula, el oleaje. Veíamos los pechos de las negras, el cuerpo estriado de sangre del esclavo en la jaula, el palacio del gobernador. Dijimos: esto es Jamaica, vergüenza de las Antillas, barco de esclavos en el Mar Caribe.

Sasportas Hasta que terminemos con nuestro trabajo.

Galloudec Puedes empezar en seguida. ¿No has venido a liberar a los esclavos? Eso que está en la jaula es un esclavo. Mañana lo habrá sido, si no es liberado hoy.

Debuisson Los exponen en las jaulas por haber intentado fugarse o por otros crímenes, como escarmiento, hasta que el sol los achicharre. Esto ya era así cuando me fui de Jamaica hace diez años. No mires Sasportas, pues a uno solo no podemos ayudarlo.

Galloudec Siempre muere sólo uno. Son los muertos los que se cuentan.

Debuisson La muerte es la máscara de la revolución.

Sasportas Cuando me vaya de aquí colgarán otros de piel blanca en las jaulas, hasta que el sol las vuelva negras. Entonces habremos ayudado a muchos.

Galloudec Tal vez sería mejor instalar una guillotina. Es más limpio. La Viuda Roja es la mejor fregona.

Debuisson La amada de los suburbios.

Sasportas Insisto en que la jaula es buena para una piel blanca, cuando el sol está bien alto.

Galloudec No estamos aquí para echarnos en cara el color de nuestra piel, ciudadano Sasportas.

Sasportas No seremos iguales hasta que no nos hayamos despellejado mutuamente.

Debuisson Mal comienzo sería. Pongámonos las máscaras. Yo soy el que fui: Debuisson, hijo de propietarios de esclavos de Jamaica, con derecho hereditario sobre una plantación de cuatrocientos esclavos. Vuelto al seno de la familia para hacerme cargo de la herencia, desde los cielos cubiertos de Europa, enturbiado por la humareda de los incendios y la niebla sangrienta de la nueva filosofía. Vuelto al aire puro del Caribe, después que los horrores de la revolución le abrieron los ojos a la eterna verdad de que todo lo viejo es mejor que todo lo nuevo. Por lo demás soy médico, un benefactor de la humanidad sin distinciones entre las personas, ya sean patrones o esclavos. Curo al uno para el otro, de modo que todo siga igual, mientras dure: mi rostro es el rostro del propietario de esclavos que en este mundo no tiene que temerle más que a la muerte.

Sasportas Y a sus esclavos.

Debuisson ¿Quién eres, Galloudec?

Galloudec Un campesino de Bretaña que ha aprendido a odiar a la revolución en la lluvia de sangre de la guillotina -ojalá hubiera llovido a cántaros, y no sólo en Francia-, fiel servidor del buen señor Debuisson y creyente en el orden sagrado de la Monarquía y de la Iglesia. Espero no tener que recitar esto muy a menudo.

Debuisson Te has salido dos veces de tu papel, Galloudec. ¿Quién eres?

Galloudec Un campesino de la Bretaña que ha aprendido a odiar a la revolución en la lluvia de sangre de la guillotina. Fiel servidor del buen señor Debuisson. Creyente en el sagrado orden de la Monarquía y de la Iglesia.

Sasportas, *parodiando*: Creo en el sagrado orden de la Monarquía y de la Iglesia. Creo en el sagrado orden de la Monarquía y de la Iglesia.

Debuisson Sasportas, tu máscara.

Galloudec A tí no debiera serte difícil interpretar al esclavo, Sasportas, con tu piel negra.

Sasportas Huyendo de la victoriosa revolución negra de Haití me uní al señor Debuissou, porque Dios me creó para la esclavitud. Soy su esclavo. Basta con eso.

Galloudec aplaude.

Sasportas La próxima vez te responderé con el cuchillo, ciudadano Galloudec.

Galloudec Sé que interpretas el papel más difícil. Lo llevas escrito en el cuerpo.

Sasportas Con los látigos que escribirán con nuestras manos un nuevo alfabeto en otros cuerpos.

Debuissou “Revolución victoriosa” no está bien. Así no se habla frente a los amos. “Revolución negra” tampoco está bien. Los negros sólo pueden hacer una revuelta, no una revolución.

Sasportas ¿Acaso no ha vencido la revolución, la revolución negra, en Haití?

Debuissou Lo que ha vencido es la escoria. En Haití gobierna la escoria.

Sasportas escupe

Debuissou Escupes en dirección equivocada: yo soy tu amo. Dilo de nuevo.

Sasportas Huyendo de la escoria que ha convertido a Haití en una cloaca.

Galloudec Cloaca está bien. Aprendes rápido, Sasportas.

Debuissou Quítate las manos de la cara y mira la carne que muere en esa jaula. También tú mueres, Galloudec. Es tu carne, y la tuya y mi carne. Su gemido es la Marsellesa de los cuerpos sobre los que se construirá el nuevo

mundo. Apréndanse la melodía. Todavía la escucharemos durante mucho tiempo, querámoslo o no, es la melodía de la revolución, nuestro trabajo. Muchos morirán en esa jaula antes de que hayamos terminado nuestro trabajo. Muchos morirán en esa jaula porque haremos nuestro trabajo. Eso es lo que hacemos por nuestro semejantes con nuestro trabajo, y quizás sólo eso. Nuestro lugar será la jaula si nuestras máscaras se rompen antes de tiempo. La revolución es la máscara de la muerte. La muerte es la máscara de la revolución.

Entra un negro gigante

Debuisson Este es el esclavo más viejo de mi familia. Es sordo y mudo, algo entre hombre y perro. Escupirá dentro de la jaula. Tú deberías hacer lo mismo, tal vez, Sasportas, para aprender a odiar tu piel negra mientras lo necesitemos. Después me besará los zapatos. Mírenlo, ya se está relamiendo, y me llevará sobre su espalda, a mí, su viejo y nuevo amo, a la casa de mis padres, gruñendo de deleite. La familia nos abre su seno, mañana comienza nuestro trabajo.

El negro gigante escupe en la jaula, mira a Sasportas, se inclina ante Galloudec, le besa los zapatos a Debuisson, lo carga sobre sus hombros. Galloudec y Sasportas los siguen.

LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE LA MUERTE LA MUERTE ES LA MÁSCARA DE LA REVOLUCIÓN LA REVOLUCIÓN ES LA MÁSCARA DE

Retorno del hijo pródigo. El padre y la madre dentro de un armario abierto. Sentada en un trono, Primer Amor. Debuisson, Galloudec, Sasportas,

son desnudados y disfrazados por esclavos: Debuisson de propietario de esclavos, Galloudec de capataz con látigo, Sasportas de esclavo.

Primer Amor El pequeño Víctor ha jugado a la revolución. Ahora regresa al regazo de la familia. Regresa a papá con su cráneo agusanado. Regresa a mamá con su olor a flores podridas. ¿Te hiciste daño, pequeño Víctor? Acércate y muéstrame tus heridas. Ya no me conoces. No tengas miedo, pequeño Víctor. No de mí. No de tu primer amor, al que engañaste con la revolución, la que fue tu segundo amor manchado de sangre. Con la que te revolcaste en el barro durante diez años, compitiendo con la chusma. O en las morgues donde ella cuenta sus botines. Huelo su perfume de estiércol. Lágrimas, niño Víctor. Tanto la has amado. Ay, Debuisson. Te dije que es una puta. La serpiente con vulva sedienta de sangre. La esclavitud es una ley natural, tan vieja como la humanidad. ¿Por qué habría de sucumbir ante esa ramera? Mira a mis esclavos, y a los tuyos, nuestra propiedad. Durante toda su vida han sido bestias. ¿Habrían de ser ahora hombres sólo porque en Francia lo han escrito en un papel? Papel apenas legible por tanta sangre derramada, mucha más que la que se vertió aquí por la esclavitud, en esta hermosa Jamaica tuya y mía. Te voy a contar una historia: en Barbados mataron a golpes a un terrateniente dos meses después de la abolición de la esclavitud. Sus libertos vinieron a él andando de rodillas, como en la iglesia. ¿Y sabes lo que querían? Volver al cobijo de la esclavitud. Ese es el ser humano: su primer patria es la madre, una cárcel. *Unos esclavos le levantan a la madre la pollera por sobre la cabeza.* Aquí se abre el abismo, la patria que bosteza en el regazo familiar. Di una sola palabra si quieres regresar a ella y te embute adentro, la idiota, la madre eterna. El pobre hombre de Barbados no tuvo tanta suerte. Lo mataron a garrotazos sus ex-esclavos, como a un perro rabioso, porque no quiso darles cobijo cuando volvieron de la fría primavera de su libertad bajo el látigo amado. ¿Te gusta la historia, ciudadano Debuisson? La libertad vive sobre las espaldas de los esclavos, la igualdad bajo la cuchilla. ¿Quieres ser mi esclavo, pequeño Víctor? ¿Me amas? Estos son los labios que te besaron. *Una esclava le pinta una gran boca.* Se acuerdan, Víctor Debuisson, de tu piel. Estos son los pechos que te calentaron, niño Víctor. *Una esclava le maquilla los pezones, etc.* No han olvidado tu boca ni tus manos. Esta es la piel que se empapó con tu sudor. Este es el sexo que recibió el semen tuyo que me quema el corazón. *Una esclava le pinta un corazón azul.* ¿Ves la llama azul? ¿Sabes cómo cazan en Cuba a los esclavos cuando huyen? Los cazan con sabuesos. Y así

quiero recuperar, ciudadano Debuissou, lo que esta puta tuya, la revoluci3n, me rob3, mi propiedad. *Haciendo de perros los esclavos, acompa1ados por los latigazos de Galloudec y azuzados por los gritos brutales del espectro paterno, cazan a Debuissou.* Con los dientes de mis perros quiero morder de tu carne mancillada la huella de mis l1grimas, mi sudor, mis gritos de placer. Con los cuchillos de sus garras quiero cortar de tu pellejo mi vestido. Traducir tu aliento, que huele a cad1veres de monarcas, a la lengua del tormento, que es propia de los esclavos. Quiero comerme tu sexo y parir un tigre que engulla el tiempo que miden los relojes de mi coraz3n vac3o, al que atraviesan las lluvias de los tr3picos. *Una esclava le pone una m1scara de tigre.* AYER CORAZ3N M3O / EMPEC3 A MARTARTE / AHORA AMO TU CAD1VER / CUANDO YO EST3 MUERTA / MI POLVO GRITAR1 POR T3. Te quiero regalar esta perra, ni1o V3ctor, para que la llenes con tu semen p3trido. Y antes voy a hacerla azotar para que se mezclen las sangres. ¿Me amas, Debuissou? No hay que dejar sola a una mujer.

Los esclavos le quitan el l1tigo a Galloudec, cierran el armario, le limpian el maquillaje a PrimerAmor, sientan a Debuissou en el trono con PrimerAmor como escabel, atav3an a Galloudec y Sasportas como Dant3n y Robespierre. Comienza el Teatro de la Revoluci3n. Mientras los dos actores y el p3blico van ocupando sus lugares, se oye el di1logo de los padres en el armario.

Padre Esta es la resurrecci3n de la carne. Ya que el gusano roe eternamente y el fuego no se apaga.

Madre Ya est1 otra vez puteando. Cric crac ahora mi coraz3n se ha roto, ¿lo ven?

Padre Te la regalo, hijo m3o. Te regalo las dos, negra y o blanca.

Madre S1quenme el cuchillo del vientre. Ustedes, putas pintarrajeadas.

Padre De rodillas, canalla, y p3dele a tu madre la bendici3n. Madre.- ARRIBA EN LAS MONTA1AS / CORRE UN VIENTO GLACIAL / AH3 MAR3A DESPEDAZA / AL NI1O CELESTIAL. Volvamos a Groenlandia. Vamos mis ni1os. All3 el sol calienta todos los d3as.

Padre T1penle el hocico a esa idiota.

SasportasRobespierre Ocupa tu puesto, Dantón, en la picota de la historia. Miren al parásito que engulle el pan de los hambrientos. Al libertino que viola a las hijas del pueblo. Al traidor que frunce la nariz ante el olor de la sangre con la que la revolución lava el cuerpo de la nueva sociedad. ¿Tengo que decirte por qué ya no soportas la sangre, Dantón? ¿Dijiste revolución? El zarpazo a la olla de carne podrida era tu revolución. El puesto libre en el burdel. Para ello te pavoneaste en las tribunas entre el aplauso de la plebe. El león que lame las botas de los aristócratas. Te gusta la saliva de los Borbones. Estás calentito en el culo de la monarquía. ¿Dijiste audacia? Eso, menea tu melena empolvada. No seguirás injuriando a la virtud más tiempo del que tarde en caer tu cabeza bajo la cuchilla de la justicia. No podrás decir que no te lo advertí, Dantón. Ahora la guillotina hablará contigo, este sublime invento de la nueva era pasará por encima tuyo igual que por encima de todos los traidores. Entenderás su lenguaje, tú, que lo hablaste bien en setiembre. *Los esclavos de un golpe le quitan a Galloudec la cabeza de Dantón y se la arrojan entre ellos. Galloudec logra atraparla y la sujeta bajo el brazo.* ¿Por qué no sujetas tu hermosa cabeza entre las piernas Dantón, donde entre los piojos de tu lujuria y las úlceras de tu vicio se asienta tu razón?

Sasportas de un golpe le quita a Galloudec la cabeza de Dantón de debajo del brazo. Galloudec gatea para recogerla y se la pone.

GalloudecDantón Ahora me toca a mí. Miren al mono con la mandíbula rota. Al chupasangre que no puede retener la baba. ¿Te has llenado demasiado las fauces? Insobornable, con tu bombo de virtud. Este es el agradecimiento de la patria: un puño de gendarme. *Los esclavos le quitan a Sasportas la venda que sostiene la mandíbula de la cabeza de Robespierre. La mandíbula cae.* Mientras Sasportas busca la venda y la mandíbula. ¿Se te cayó algo? ¿Te falta algo? La propiedad es el robo. ¿Sientes el viento en el cuello? Es la libertad. *Sasportas ha encontrado la venda y la mandíbula y recompone la cabeza de Robespierre.* Ten cuidado de no perder del todo tu inteligente cabeza a causa del amor al pueblo, Robespierre. ¿Dijiste revolución? La cuchilla de la justicia, ¿no? La guillotina no es una fábrica de pan. Economía, Horacio, economía. *De un golpe los esclavos le quitan a Sasportas la cabeza de Robespierre y la usan como pelota de fútbol.* Esta es la igualdad. VIVA LA REPÚBLICA. ¿Acaso no te dije que tú serás el próximo? *Se suma al partido de fútbol de los esclavos.* Estas es la fraternidad.

SasportasRobespierre llora. ¿Qué tienes en contra del fútbol? Entre nous: quiero decirte por qué andabas loco por mi hermosa cabeza. Apuesto a que si te bajas los pantalones se levanta polvo. Señoras y Señores. El Teatro de la Revolución se inicia. Atracción: el hombre sin bajo vientre. Maximiliano el Grande. Max Virtudes. El pedorro del sillón. El masturbador de Arrás. El sanguinario Robespierre.

SasportasRobespierre *Se pone de nuevo la cabeza:* Mi nombre está en el panteón de la historia.

GalloudecDantón UN HOMBRECITO EN EL BOSQUE
SILENCIOSO Y CALLADO
TOTALMENTE DE PÚRPURA
CON SU ABRIGUITO ATAVIADO

SasportasRobespierre Parásito sifilítico sirviente de la aristocracia.

GalloudecDantón Hipócrita eunuco lacayo de Wall Street.

SasportasRobespierre Cerdo.

GalloudecDantón Hiena.

A golpes vuelven a arrancarse nuevamente las cabezas. Debuissou aplaude. Los esclavos lo sacan del trono y sientan en él a Sasportas- Galloudec hace de escabel. Coronación de Sasportas.

Sasportas Se acabó el teatro de la revolución blanca. Te condenamos a muerte, Víctor Debuissou. Porque tu piel es blanca. Porque tus pensamientos son blancos bajo tu piel blanca. Porque tus ojos han visto la belleza de nuestras hermanas. Porque tus manos han tocado la desnudez de nuestras hermanas. Porque tus pensamientos han comido sus pechos, su cuerpo, su vulva. Porque eres un propietario, un amo. Te condenamos a muerte, Víctor Debuissou. Que las serpientes se coman tu mierda, los cocodrilos tu culo, las pirañas tus testículos. *Debuissou grita.* La desgracia de ustedes es que no pueden morir. Por eso matan todo lo que los rodea. Para las ordenaciones muertas donde la embriaguez no tiene cabida. Para sus revoluciones sin

sexo. ¿Amas a esta mujer? Te la quitamos para que mueras más fácilmente. Quien no posee nada muere más fácilmente. ¿Qué te pertenece aún? Con-
testa rápido pues nuestra escuela es el tiempo que no vuelve y no deja respi-
ro para la didáctica, quien no aprende también muere. ¿A quién le sacaste
tu piel? Tu carne es nuestra hambre. Tu sangre vacía nuestras venas. Tus
pensamientos, ¿no? ¿Quién suda para tu filosofía? Incluso tu orina y tu
mierda son explotación y esclavitud. Para no hablar de tu semen, destilado
de cuerpos muertos. Ahora ya nada te pertenece. Ahora no eres nada. Ahora
puedes morir. Entiérrenlo.

Estoy de pie entre hombres que desconozco, dentro de un viejo ascensor
cuyos viejos hierros rechinan mientras asciende. Estoy vestido como un
empleado o como un obrero en día de fiesta. Incluso me he puesto una
corbata, la camisa me raspa el cuello, estoy sudando. Cuando muevo la
cabeza el cuello de la camisa me ahorca. Tengo una entrevista con el jefe
(mentalmente lo llamo Número Uno), su oficina se encuentra en el cuarto
piso, ¿o en el veinte?; cuando me pongo a pensar en esto me abandona toda
seguridad. La noticia de mi entrevista con el jefe (a quien mentalmente
llamo el Número Uno) me llegó cuando estaba en el sótano, una extensa
área con cámaras de cemento vacías y carteles con indicaciones para prote-
gerse de los ataques aéreos. Supongo que se trata de una misión que me
será encargada. Verifico la posición de mi corbata y aprieto el nudo. Me
gustaría tener un espejo para poder verificar la posición de la corbata tam-
bién con los ojos. Imposible preguntarle a un extraño cómo está el nudo de
la corbata. Las corbatas de los otros hombres en el ascensor están impecab-
les. Algunos parecen conocerse. Hablan en voz baja de algo que no en-
tiendo. De alguna manera su conversación tiene que haberme distraído: en
la siguiente parada leo con horror la cifra ocho en el indicador que está
sobre la puerta del ascensor. He subido demasiado, o bien me falta todavía
más de la mitad del trayecto. El factor tiempo es lo decisivo. CINCO MI-
NUTOS ANTES DE LA CITA / ES PUNTUALIDAD VERDADERA Y
EXQUISITA. La última vez que miré mi reloj pulsera marcaba las diez.
Recuerdo mi sensación de alivio: todavía faltaba quince minutos para mi
entrevista con el jefe. Al mirar nuevamente sólo habían pasado cinco minu-
tos. Cuando ahora, entre el octavo y el noveno piso, vuelvo a mirar el reloj,
éste marca exactamente catorce minutos con cuarenta y cinco segundos
más de las diez: adiós puntualidad verdadera y exquisita, el tiempo ya no
trabaja a mi favor. Rápido recapacito sobre mi situación: puedo bajarme en

la próxima parada y correr escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres, hasta el cuarto piso. Si resultara ser el piso equivocado esto significaría naturalmente una pérdida de tiempo tal vez irrecuperable. Puedo seguir subiendo hasta el piso veinte y, en caso de que la oficina del jefe no esté allí, bajar al cuarto piso, suponiendo que el ascensor no deje de funcionar, o correr escaleras abajo (saltando los escalones de tres en tres), en cuyo caso puedo romperme una pierna o el cuello, precisamente porque tengo prisa. Ya me veo tendido sobre una camilla que, a mi pedido, es conducida hasta la oficina del jefe e instalada frente a su escritorio, yo siempre dispuesto a cumplir con mi deber, pero ahora incapacitado. Por el momento todo se orienta hacia la pregunta, de aquí en adelante, y por mi negligencia, imposible de responder, sobre en qué piso el jefe (a quien mentalmente llamo el Número Uno) me está esperando para encomendarme una importante misión. (Tiene que ser una misión importante pues en caso contrario me la habría encomendado por medio de un subordinado). Una rápida mirada al reloj me revela, sin lugar a dudas, que incluso para la más simple puntualidad hace ya tiempo que es demasiado tarde, a pesar de que el ascensor, como compruebo con una segunda mirada, todavía no ha llegado al piso doce: la aguja pequeña marca las diez, el minuterero cincuenta, los segundos hace ya rato que perdieron toda importancia. Algo raro pasa con mi reloj, pero para comparar lo tiempos ya no hay tiempo: estoy solo en el ascensor sin que me haya dado cuenta dónde bajaron los demás pasajeros. Con un espanto que me pone los pelos de punta veo que las manecillas de mi reloj, del que ya no puedo apartar los ojos, giran cada vez a más velocidad, de manera que entre parpadeo y parpadeo transcurren más y más horas. Me doy cuenta que desde hace rato en todo esto ocurre algo extraño: en el reloj, en el ascensor, en el tiempo. Me entrego a las más disparatadas especulaciones: la fuerza de gravedad se revierte, hay una interferencia, una especie de tartamudeo en la rotación de la tierra, como un calambre cuando uno juega al fútbol. Lamento saber muy poco de física como para poder explicar científicamente la escandalosa contradicción entre la velocidad del ascensor y el paso del tiempo que marca mi reloj. ¿Por qué no habré prestado atención en la escuela? ¿O por qué habré leído libros equivocados: poesía en lugar de física? El tiempo está loco, y en algún lugar del cuarto piso o del vigésimo (la *o* corta como un cuchillo mi cerebro negligente), en una habitación probablemente amplia y cubierta con una pesada alfombra, detrás de un escritorio probablemente ubicado junto a la pared posterior de las dos más cortas de la habitación, la pared situada frente a la puerta, me está

esperando el jefe (a quien mentalmente llamo el Número Uno) para encomendarme mi misión, a mí, que le he fallado. El mundo se está descuajeringando y la misión, que era tan importante, que el jefe quería encomendarme personalmente, ya no tiene sentido a causa de mi negligencia. NO HA LUGAR en el lenguaje de las reparticiones públicas, que tan bien aprendí (¡ciencia superflua!), SEGÚN CONSTA EN ACTA, que ya nadie consultará nunca, porque esa misión implicaba la única medida posible para impedir la catástrofe, cuyo comienzo estoy viendo ahora, encerrado en este ascensor que se ha vuelto loco con mi reloj pulsera que se ha vuelto loco. Desesperado sueño adentro del sueño: tengo la capacidad de transformar mi cuerpo en un proyectil -simplemente enrollándome- que atraviesa el techo del ascensor y se adelanta al tiempo. Despertar frío en el lento ascensor, cuando miro al reloj acelerado. Me imagino la desesperación del Número Uno. Su suicidio. Su cabeza, cuyo retrato adorna todas las oficinas públicas, sobre el escritorio. Sangre que mana de un agujero con bordes negros en la sien (probablemente la derecha). No escuché ningún disparo, pero eso no prueba nada, las paredes de su oficina deben estar, por supuesto, insonorizadas, los accidentes están previstos en la construcción y lo que ocurre en la oficina del jefe no le atañe a la población. El poder está solo. Salgo del ascensor en la siguiente parada y me encuentro sin misión, con la corbata, que ya no es necesaria, ridículamente anudada bajo mi mandíbula, de pie en un camino del campo en Perú. Barro seco con huellas de carro. A ambos lados del camino una llanura desierta con escasas cicatrices de pasto y manchas de matorral gris intenta imprecisamente agarrar el horizonte, sobre el que nada una cordillera en la niebla. A la izquierda del camino unas barracas que parecen abandonadas, las ventanas agujeros negros con restos de vidrio. Ante una pared pintada con propaganda de productos de una civilización extranjera están parados dos gigantes del lugar. De sus espaldas se desprende una amenaza. Pienso si debo volver atrás, todavía no me ha visto nadie. Nunca hubiera pensado, durante mi desesperado ascenso hacia el jefe, que pudiese sentir nostalgia por ese ascensor que era mi prisión. Cómo justificar mi presencia en esta tierra de nadie. Me es imposible mostrar un paracaídas, una avioneta o un auto descompuesto. ¿Quién va a creer que llegué en un ascensor al Perú, con este camino que se extiende delante y detrás de mí, flanqueado por una llanura que intenta asir el horizonte? ¿Cómo podría ser posible la comunicación si no conozco el idioma de este país, y lo mismo sería que fuese sordomudo? Mejor sería ser sordomudo. Acaso exista compasión en el Perú. No me queda otro recurso que la

huida hacia un yermo ojalá exento de la presencia humana, quizás de una muerte a otra, pero prefiero el hambre al cuchillo del asesino. Estoy sin medios para comprar mi libertad, en todo caso mis monedas en divisa extranjera son escasas. El destino ni siquiera me concede la posibilidad de morir en un acto de servicio, mi causa es una causa perdida, empleado de un jefe muerto es lo que soy, mi misión decidida en un cerebro que ya no funciona, hasta que se abran las cajas fuertes de la eternidad, por cuya combinación se desvelan los sabios del mundo en esta orilla de la muerte. Me desato el nudo de la corbata, ojalá no sea demasiado tarde, cuya posición correcta me costó tanto trabajo conseguir de camino hacia el jefe, y hago desaparecer la llamativa prenda en el bolsillo de mi saco. Casi la tiro, y ello hubiera sido dejar un rastro. Al darme vuelta veo por primera vez la aldea; adobe y paja; a través de una puerta abierta veo una hamaca. Sudor frío cuando pienso que podrían estar observando desde allí, pero no advierto ninguna señal de vida, lo único que se mueve es un perro que está hurgando en un montón de basura humeante. He perdido mucho tiempo en vacilaciones. Los hombres se separan de la pared con propaganda y cruzan el camino en diagonal hacia mí, al principio sin mirarme. Veo los rostro por encima de mí, uno borrosamente negro, los ojos blancos, la mirada indiscernible: los ojos no tienen pupilas. La cabeza del otro es de un color gris plateado. Una larga mirada tranquila de ojos cuyo color no puedo precisar, algo rojo relumbra en ellos. Un temblor recorre los dedos de la mano derecha que cuelga pesadamente y que también parece ser de metal, los vasos sanguíneos relucen en el metal. El plateado pasa de largo detrás mío, siguiendo al negro. Mi miedo se desvanece y da paso a la decepción: ni siquiera soy digno de un cuchillo o de que me estrangulen las manos metálicas. En la mirada tranquila que durante cinco pasos se fijó en mí, ¿no había acaso algo de desprecio? ¿En qué consiste mi crimen? El mundo no ha sucumbido, suponiendo que este no sea otro mundo. ¿Cómo cumplir una misión desconocida? ¿Cuál puede ser mi misión en este lugar desierto más allá de la civilización? ¿Cómo puede saber el empleado lo que pasa por la cabeza del jefe? Ninguna ciencia en el mundo podrá arrancar mi misión de las fibras cerebrales del que pasó a mejor vida. Con el será enterrada, y el funeral oficial que tal vez ya se haya iniciado no garantiza su resurrección. Me invade algo parecido a la serenidad, me cuelgo el saco del brazo y desabotono la camisa: mi paso es un paseo. Delante de mí el perro cruza el camino llevando una mano en las fauces, los dedos de la mano están vueltos hacia mí, parecen quemados. Con una amenaza que no va dirigida a mí algunos jóvenes

se cruzan en mi camino. En el punto donde el camino acaba en medio de la llanura se halla una mujer cuya actitud podría interpretarse como si me estuviera esperando. Extiendo los brazos hacia ella, cuánto tiempo hace que no tocan una mujer, y entonces oigo una voz que dice **ESTA MUJER ES LA MUJER DE UN HOMBRE**. El tono no admite réplica y paso sin detenerme. Cuando me doy vuelta la mujer tiende sus brazos hacia mí y se descubre los pechos. Sobre un terraplén cubierto de pasto dos muchachos se dedican a reparar una máquina de vapor y una locomotora que está en una vía muerta. Yo, como europeo que soy, advierto de inmediato que trabajan en vano: ese armatoste no va a moverse nunca, pero no se lo digo a los niños, el trabajo es esperanza, y sigo adentrándome en el paisaje, cuyo único trabajo consiste en esperar la desaparición del género humano. Ahora conozco mi destino. Tiro la ropa pues ya no dependo del exterior. En algún momento **EL OTRO** me saldrá al encuentro, el antípoda, el doble con mi rostro de nieve. Uno de los dos sobrevivirá.

Debuisson. Galloudec. Sasportas.

Debuisson *Le da a Galloudec un papel. Galloudec y Sasportas leen.* El gobierno que nos encomendó la misión de organizar una rebelión de esclavos aquí en Jamaica ya no está en funciones. El general Bonaparte ha disuelto el Directorio con las bayonetas de sus granaderos. Francia se llama Napoleón. El mundo vuelve a ser lo que es, una patria para amos y esclavos. *Galloudec arruga el papel.* ¿Qué miran como estúpidos? Nuestra empresa ya no figura en el registro comercial. Está en bancarota. Con la mercancía que vendíamos, pagadera en la moneda del país, sangre sudor lágrimas, ya no se comercia en este mundo. *Rasga el papel.* Nos declaro liberados de nuestra misión. A ti, Galloudec, el campesino de Bretaña. A ti, Sasportas, el hijo de la esclavitud. A mí, Debuisson.

Sasportas, en voz baja: El hijo del propietario de esclavos.

Debuisson A cada cual su propia libertad o esclavitud. Se acabó nuestra comedia, Sasportas. Cuidado cuando te quites el maquillaje, Galloudec. Quizá te arranques la piel. Tu máscara es tu rostro, Sasportas. Mi rostro es mi máscara.

Se cubre el rostro con las manos

Galloudec Vas demasiado rápido para mí, Debuissou. Soy un campesino, no puedo pensar tan rápido. He arriesgado mi cuello durante más de un año, me he hecho pedazos el pico predicando en reuniones secretas, ha contrabandeado armas a través de cordones de sicarios sedientos de sangre, tiburones y soplonos, he hecho de idiota en la mesa de los degolladores ingleses pasando como si fuera tu perro, quemado por el sol y sacudido por la fiebre en este maldito país sin nieve dejado por la mano de Dios, todo por esa masa perezosa de carne negra, que no quiere moverse más que a patadas, y ¿qué me importa a mí la esclavitud en Jamaica?, a fin de cuentas soy francés. Espera, Sasportas, pero que me vuelva negro en el acto si comprendo por qué todo esto ya no ha de ser verdad y tiene que ser borrado del mapa y se acabó la misión porque un general en París se cree la muerte. Ni siquiera es francés. Pero oyéndote hablar, Debuissou, se diría que no has hecho otra cosa que esperar a ese general Bonaparte.

Debuissou A lo mejor realmente estuve esperando a ese general Bonaparte. Así como lo estubo esperando media Francia. La revolución cansa, Galloudec. Durante el sueño de los pueblos se levantan los generales y quiebran el yugo de la libertad, que es tan difícil de llevar. ¿No te das cuenta de cómo se te encorvan los hombros, Galloudec?

Sasportas Creo que yo tampoco te entiendo, Debuissou. Ya no. El mundo es una patria para amos y esclavos. Los esclavos no tienen patria, ciudadano Debuissou. Y mientras siga habiendo amos y esclavos no estaremos liberados de nuestra misión. Qué tiene que ver el golpe de estado de un general en París con la liberación de los esclavos en Jamaica, que constituye nuestra misión. Diez mil hombres esperan una orden nuestra, tuya, si quieres. Pero no tiene por qué ser tu voz la que dé la orden. Ellos no duermen, no están esperando a ningún general. Están dispuestos a matar y a morir por lo que llamas YUGO DE LA LIBERTAD, con el que han soñado durante toda su vida, que es una muerte cotidiana, como con una amante desconocida. No preguntan por la forma de sus pechos ni por la virginidad de su sexo. Qué les importa a estos hombres París, un lejano montón de piedras que durante un cierto tiempo fue la metrópolis de su esperanza, qué les importa Francia, un país donde el sol no puede matar, donde la sangre tuvo durante un tiempo el color de la aurora, en un continente pálido detrás de la tumba de Atlantis. Nadie seguirá hablando de ese general, ya he olvidado su nom-

bre, cuando el nombre del libertador de Haití se lea en todos los libros de historia.

Debuisson ríe

Sasportas Te ríes.

Debuisson Me río, Sasportas. Pregúntame por qué.

Sasportas Puede ser que de nuevo no te haya entendido. No sé si ahora tengo que matarte o si debo pedirte disculpas.

Debuisson Haz lo que quieras, Sasportas.

Sasportas ríe: Ay, Debuisson. Por un instante creí que decías lo que pensabas. Tendría que haberlo sabido. Tendría que haber sabido que era una prueba. No he pasado la prueba, ¿no? Cada uno de nosotros tiene que ser frío como un cuchillo cuando se dé la señal y comience la batalla. No es el miedo lo que hace vibrar mis nervios sino la alegría anticipada de la danza. Oigo los tambores antes de que empiecen a tocar. Oigo a través de los poros, pues mi piel es negra. Pero dudé de ti y eso no está bien. Perdóname, Debuisson. Has bañado en sangre tus manos por nuestra causa. Yo vi que te fue difícil. Te amor por ambas cosas, Debuisson, pues el que tenía que morir para que no traicionara nuestra causa era de mi misma raza, y necesitaba su muerte antes de la siguiente sesión de tortura, para la que tú tenías que curarlo, como médico y benefactor de la humanidad que eras, pero él dijo: mátame para que no pueda traicionar, y tú lo mataste por el bien de nuestra causa como médico y como revolucionario. *Sasportas abraza a Debuisson.*

Debuisson No tiene por qué disculparte, Sasportas, no se trataba de una prueba. Nuestros nombres no aparecerán en los libros de historia, y tu libertador de Haití, en donde ahora los negros liberados golpean a los mulatos liberados o al revés, va a tener que esperar mucho tiempo su lugar en el libro de la historia. Entretanto Napoleón convertirá a Francia en un cuartel y quizás a toda Europa en un campo de batalla, el comercio prosperará en cualquier caso y no tardará en firmarse la paz con Inglaterra, lo que une a la humanidad son los negocios. La revolución ya no tiene patria, y eso no es nuevo bajo este sol que tal vez nunca iluminará un mundo nuevo, la escl-

vitud tiene muchos rostros y aún no hemos visto el último, ni tú Sasportas, ni nosotros, Galloudec, y tal vez lo que creímos que era la aurora de la libertad sólo fue la máscara de una nueva esclavitud espantosa, comparada con la cual la dominación del látigo en el Caribe y en otros lugares representa un sabroso anticipo de las delicias del paraíso, y tal vez cuando se gasten las máscaras de tu amada desconocida, la libertad, se revele que no tiene otro rostro más que el de la traición: lo que no traicionas hoy te matará mañana. Desde la perspectiva de la medicina humana la revolución ha nacido muerta, Sasportas: desde la Bastilla a la Conciergerie el libertador se transforma en carcelero. MUERTE A LOS LIBERTADORES es la verdad última de la revolución. Y en lo que atañe al asesinato que cometí en pro de nuestra causa: el papel del médico asesino no es nuevo en el teatro de la sociedad, la muerte carece de significado para los benefactores de la humanidad: otro estado químico, hasta que triunfe el desierto toda ruina es un cimientito contra el colmillo del tiempo. Tal vez yo sólo me lavé las manos, Sasportas, cuando las bañé en sangre por nuestra causa, la poesía fue siempre el lenguaje de la inutilidad, negro amigo mío. Ahora llevamos otros cadáveres a cuesta y serán nuestra muerte si no nos deshacemos de ellos antes de llegar a la fosa. Tu muerte se llama libertad, Sasportas, tu muerte se llama fraternidad, Galloudec, mi muerte se llama igualdad. Se cabalgaba bien sobre ellos cuando todavía eran nuestros caballos, con el viento de la mañana tocándonos las sienes. Ahora sopla el viento del ayer. Las cabalgaduras somos nosotros. ¿Sienten las espuelas clavadas en la carne? Nuestros jinetes llevan equipaje: los cadáveres del terror, las pirámides de muerte. ¿Sienten el peso? Con cada duda que recorre nuestras circunvoluciones cerebrales su peso aumenta. Una revolución no tiene tiempo para contar sus muertos. Y ahora nosotros necesitamos tiempo para desinflar la revolución negra que preparamos con tanto cuidado, misión encomendada por un futuro que ya es de nuevo pasado, como fueron los otros antes de él. ¿Por qué será que el futuro aparece raras veces en nuestro lenguaje, Galloudec? Acaso entre los muertos sea distinto, si es que los muertos tienen voz. Piensa en ello, Sasportas, antes de jugarte la vida por la liberación de los esclavos dentro de un abismo que ya no tiene fondo, desde que llegó esa noticia que voy a tragarme para que no quede ni un solo rastro de nuestro trabajo. ¿Quiéren también ustedes un pedazo? Esta fue nuestra misión, ahora sólo tiene gusto a papel. Mañana habrá recorrido el camino de toda carne, cada ascensión tiene su objetivo, y quizás ya esté en camino un meteorito desde los fríos del espacio sideral, una masa compacta de hielo y de hierro que excavará

el agujero definitivo en el suelo de los hechos, en el que seguimos plantando nuestras precarias esperanzas. O el frío que congelará nuestros ayeres y mañanas en un hoy eterno. ¿Por qué no habremos nacido árboles, Sasportas, a los que nada de esto les concierne? ¿O prefieres ser una montaña? ¿O un desierto? ¿Qué opinas, Galloudec? ¿Por qué me miran como dos piedras? ¿Por qué no nos limitamos a existir y a contemplar las guerras como paisajes? ¿Qué quieren de mí? Mueran su propia muerte si la vida no les gusta. Ayer soñé que caminaba por Nueva York. La zona estaba en ruinas y ya no la habitaban los blancos. Ante mí, en la vereda, se levantaba una serpiente dorada, y cuando crucé la calle, vale decir la jungla de metal hirviendo que era la calle, en la otra vereda se levantaba otra serpiente. Era de un azul deslumbrante. En el sueño lo supe: la serpiente dorada es Asia, la serpiente azul es África. Lo olvidé al despertar. Somos tres mundos. Por qué lo sabré ahora. Y oí una voz que decía: DE PRONTO LA TIERRA TEMBLÓ VIOLENTAMENTE PORQUE EL ÁNGEL DEL SEÑOR BAJÓ DEL CIELO Y SE ACERCÓ CORRIÓ LA LOSA Y SE SENTÓ ENCIMA TENIA ASPECTO DE RELÁMPAGO Y SU VESTIDO ERA BLANCO COMO LA NIEVE.

Ya no quiero saber nada de esto. Durante un milenio se han reído de nuestras tres amantes. Se han revolcado en el barro, han descendido a nado por todas las alcantarillas, las han arrastrado por todos los burdeles, a nuestra puta la libertad, a nuestra puta la igualdad, a nuestra puta la fraternidad. Ahora quiero sentarme allí donde la gente ríe, libre para todo lo que me guste, igual a mí mismo, hermano de mí mismo y de nadie más. Tu piel va a seguir siendo negra, Sasportas. Tú, Galloudec, seguirás siendo un campesino. Se ríen de ustedes. Mi lugar está donde se ríen de ustedes. Me río de ustedes. Me río del negro. Me río del campesino. Me río del negro que con la libertad quiere lavarse hasta volverse blanco. Me río del campesino que lleva puesta la máscara de la igualdad. Me río del embrutecimiento de la fraternidad que me ha cegado -a mí, Debuissou, dueño de cuatrocientos esclavos, que sólo necesito decir sí, sí y sí, al orden sagrado de la esclavitud-, cegado hasta el punto de no ver tu sucio pellejo de esclavo, Sasportas, tu trocete de labrador en cuatro patas, Galloudec, el yugo sobre la cerviz con que los bueyes trazan el surco en el predio que no te pertenece. Quiero mi pedazo de pastel del mundo. Cortaré mi pedazo arrebatándoselo al hambre del mundo. Ustedes no tienen cuchillo.

Sasportas Me has roto una bandera. Voy a hacer otra con mi piel negra. *Con el cuchillo se corta una cruz en la palma de la mano.* Esta es la despedida, ciudadano Debuissou. *Aprieta su mano sangrante contra la cara de Debuissou.* ¿Te gusta mi sangre? Dije que los esclavos no tienen patria. No es verdad. La patria de los esclavos es la rebelión. Me voy a la lucha armada con las humillaciones de mi vida. Me has puesto un arma nueva en las manos y te lo agradezco. Puede ser que mi lugar esté en el cadalso, y a lo mejor ya me está creciendo la soga en el cuello mientras hablo contigo en lugar de matarte, a ti, a quien no le debo más que mi cuchillo. Pero la muerte no tiene significado y en el cadalso sabré que mis cómplices son los negros de todas las razas, cuyo número crece a cada minuto que tú pasas en tu comedero de propietario de esclavos o entre los muslos de tus rameritas blancas. Cuando los vivos no puedan seguir luchando, lucharán los muertos. Con cada latido de la revolución les vuelve a crecer la carne sobre los huesos, la sangre en sus venas, la vida en su muerte. La rebelión de los muertos será la guerra de la tierra, nuestras armas serán los bosques, las montañas, los mares, los desiertos del mundo. Yo seré bosque, montaña, mar, desierto. Yo es África. Yo es Asia. Ambas Américas soy yo.

Galloudec Voy contigo, Sasportas. Nadie escapa a la muerte, Debuissou. Y eso es todo lo que todavía tenemos en común. Después de la masacre de Guadalupe, en medio de un montón de cadáveres negros encontraron a un blanco también muerto. En todo caso eso ya no te puede pasar a ti, Debuissou. Estás afuera.

Debuissou Quédense. Tengo miedo, Galloudec, de la belleza del mundo. Sé bien que es la máscara de la traición. No me dejen solo con mi máscara, que ya me crece por dentro de la carne, sin dolor. Mátanme antes de que los traicione. Sasportas, me aterra la ignominia de ser feliz en este mundo.

Dijo, susurró, gritó Debuissou. Pero Galloudec y Sasportas se fueron juntos. Dejaron a Debuissou a solas con la traición que se había acercado a él como una serpiente salida de debajo de una piedra. Debuissou cerró los ojos tratando de resistir la tentación de mirar a la cara a su primer amor, que era la traición. La traición bailó. Debuissou se apretó las manos contra los ojos. Oía latir su corazón al ritmo de los pasos de la danza. Con los latidos los pasos se aceleraron. Debuissou sintió sus párpados golpear contra las palmas de sus manos. Acaso la danza ya había concluido y lo único que

seguía retumbando era su corazón, mientras que la traición, con los brazos tal vez cruzados sobre el pecho, o puestos en las caderas, o con las manos ya prendidas a la vulva, con el sexo palpitante de deseo, con los ojos húmedos, lo miraba a él, Debuissou, que ahora se apretaba los ojos con los puños atemorizado por el hambre de la ignominia de la felicidad que lo devoraba. Tal vez la traición ya lo había abandonado. Sus propias manos ansiosas se negaban a obedecerle a Debuissou. Abrió los ojos. La traición, sonriendo, le mostró los pechos, en silencio se abrió los muslos, su belleza hirió a Debuissou como una cuchilla. Olvidó la toma de la Bastilla, la marcha del hambre de los ochenta mil, el fin de la gironda, su cena con un muerto a la mesa, Saint Just, el ángel negro, Dantón, la voz de la revolución, Marat, curvado sobre el puñal, la mandíbula rota de Robespierre, su grito cuando el verdugo le quitó la venda, su última mirada compasiva hacia el júbilo de la muchedumbre. Debuissou recurrió al último recuerdo que aún no lo había abandonado: una tormenta de arena cuando navegaban frente a Las Palmas, con la arena llegaron los grillos al barco y los acompañaron durante la travesía del Atlántico. Debuissou se acurrucó para resistir la tormenta de arena, se refregó los ojos para sacarse la arena, se tapó los oídos para no escuchar el canto de los grillos. Entonces la traición se abalanzó sobre él como un cielo, la felicidad de los labios de la vulva como una aurora.

Traducción de Gustavo Oliva